Revista Sociologías del SUR

ISSN-L: 3078-7823

28 - 39

ARTÍCULO

América Latina: Una identidad en construcción[1]

Latin America: An Identity Under Construction

Dr. Damián Paikin

ORCID: 0000-0002-7155-1745

Universidad de Buenos Aires

Resumen

La idea de América Latina, como marca identitaria y campo de análisis ha ido mutando a lo largo de la historia construyendo diferentes configuraciones tanto simbólicas como territoriales. En cada momento histórico, distintos estudios reflexionaron sobre su utilidad. En ese marco, la pregunta central de este trabajo es definir qué elementos perduran para que dicho nombre siga siendo de vital trascendencia en la actual configuración global y regional. Como hipótesis se plantea que, en tanto definición política antes que territorial o lingüística, su persistencia continuará mientras los principales ejes de las identidades nacionales se estructuren en el par autonomía-desarrollo, es decir desde una posición periférica frente al poder global.

Palabras clave: Latinoamérica; Autonomía; Desarrollo, Intelectuales; Política.

Abstract

The idea of Latin America, as an identity brand and field of analysis, has been mutating throughout history, constructing different symbolic and territorial configurations. At each historical moment, different studies reflected on its usefulness. In this framework, the central question of this work is to define what elements persist so that this name continues to be of vital importance in the current global and regional configuration. As a hypothesis, it is proposed that, as a political rather than territorial or linguistic definition, its persistence will continue as long as the main axes of national identities are structured in the autonomy-development pair, that is, from a peripheral position in the face of global power.

Keywords: Latinamerica; Autonomy; Development; Intellectuals; Politics.

Introducción

El que domina, nomina, decía Pierre Bourdieu buscando sintetizar el hecho de que aquellos que tienen la capacidad de nombrar y clasificar tienen el poder de influir en cómo se perciben y se valoran las cosas, construyendo una realidad asociada a su propia cosmovisión. Por tanto, los modos de nombrar no son neutrales y encierran una enorme intencionalidad ideológica.

América Latina, como idea, es claramente un ejemplo de lo mencionado anteriormente y expresa tras de sí un sinnúmero de definiciones ideológicas que aparecen subsumidas en el término. En primer lugar, la existencia de más de una América. Si hay una América Latina, habrá otra (u otras) América que no lo son. ¿Qué significa eso? ¿Por qué se construye una alteridad con otras partes del continente?

En segundo lugar, la propia elección de "lo latino" obliga a interrogarse sobre el hecho de que para identificar a una región se haya tomado una idea propia de otras tierras. No es este el único caso. Se puede pensar por ejemplo en el

[1] Una versión previa de este artículo titulado "La idea de América Latina: fundamentos políticos e intelectuales de un concepto en permanente transformación", fue publicado en 2024 en la Revista Aportes para la Integración Latinoamericana N° 50 (30), La Plata, Instituto de Integración Latinoamericana – UNLP, ISSN 2468-9912

Medio Oriente como otra propuesta de una denominación pensada en función de una mirada externa. Sin embargo, la particularidad de América Latina es que es un concepto nacido, más allá de determinadas influencias, desde el seno de la intelectualidad local y apropiado finalmente por sus poblaciones para pensarse en relación con otros colectivos.

Por último, en tercer lugar, se presenta la pregunta sobre construcción del significado de ser latinoamericano, que ha implicado a lo largo del tiempo una idea mucho más amplia que la mera descripción territorial o lingüística.

En este marco, el presente trabajo se propone realizar un recorrido sobre las formas en que se ha presentado la idea de América Latina desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, buscando identificar los significados de su enunciación en cada momento histórico, su uso político y su definición territorial.

Porque si bien es cierto que el término ha tenido diferentes momentos, lo que se ha mantenido inalterable a lo largo del tiempo es su vocación política, de actuar como concepto unificador de una multiplicidad de historias con un objetivo definido, sea este la de poner de relieve la existencia de un colectivo ilustrado en estas tierras aliado del pensamiento europeo, o sea el de marcar un espacio claro de resistencia frente al imperialismo estadounidense.

Latinoamérica, como idea, ha servido en su historia al menos a estos dos objetivos, entre otros. Entender cómo lo ha logrado y por qué se ha convertido en una denominación hegemónica, será entonces nuestro objetivo.

América, Hispanoamérica y las formas previas a la llegada de la latinidad

Pensar América Latina es pensar, ineludiblemente, en primer lugar, a América. O´Gorman (1976) planteaba que para hablar de ella y de la evidente influencia de la conquista europea en su construcción, el mejor término a ser empleado era el de "invención". Lo hacía en varios sentidos, pero principalmente buscando romper con la lógica unilateral asociada al concepto de descubrimiento o conquista.

Lo que había sucedido con la llegada de los europeos a América era efectivamente la invención de este continente como una unidad, que hasta ese momento era desconocida para las civilizaciones originarias. Unidad pensada en términos de la delimitación de sus contornos cartográficos, cosa que ocurriría a principios del siglo XVI cuando el continente fue incluido en los mapas enciclopédicos bajo el nombre de América, en honor al explorador Américo Vespucio (Mapa 1). Pero también unidad bajo el criterio de colonialidad, como un inmenso territorio a explotar y evangelizar.

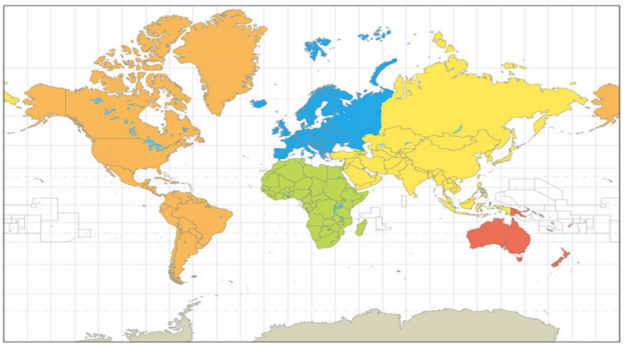
Y será a partir de esta función de proveedora de riquezas, que la invención de América también inventará a Europa como el nuevo centro global. Europa, ese continente atrasado que vivía a la sombra de las riquezas asiáticas y de la espiritualidad de Medio Oriente, lograba quizás como nunca en la historia convertirse efectivamente en el centro del mundo. Fue el oro y la plata, entre otras maravillas que fluyeron de un lado al otro del Atlántico los que permitieron construir las bases para la entrada de Europa en una nueva era, la moderna, que "inventó" una Europa opulenta y revolucionaria en términos científicos y económicos, pasando a ocupar el centro de la escena mundial tanto en el imaginario como en las representaciones geográficas de la humanidad tal como lo ejemplifica el mapa de Mercator (MAPA 2).

MAPA 1: Hojas de Trébol (1587)



Fuente: Heinrich Bünting. 1587. Cornell University Library

MAPA 2: Versión moderna con la proyección de Mercator



Fuente: Instituto Geográfico Nacional

En él, Europa aparece en el centro, imponente, rodeada de otros continentes que han perdido su ventaja en términos de tamaño. Esto, producto principalmente de la dificultad de mantener las escalas al trasladar una esfera a un único plano, sirvió sin embargo como reafirmación gráfica del predominio europeo al punto que sigue siendo hoy en día, pese a la comprobación fáctica de sus distorsiones, el mapa más usado a nivel internacional.

Por tanto, América y Europa en la mirada de O´Gorman (1976), se inventan mutuamente, construyendo la idea del par modernidad/coloniadad. En este contexto, evidentemente será en el marco de esta relación que, al momento de la independencia, los revolucionarios buscarán un primer rótulo que los englobe. Particularmente, en tierras de dominio español, la diferencia será clara. De un lado estarán los realistas o peninsulares. Del otro, los españoles americanos, los nacidos en este continente, los criollos a los que ya el Abate Viscardo y Guzmán (1791) había llamado a la rebelión a fines del siglo XVIII por entender que aquella patria a la que respondían (y muchos no conocían) no había hecho más que atacarlos al negarle sus derechos políticos y hasta comerciales. Así América englobará en términos políticos a todos aquellos que luchen a comienzos del siglo XIX contra el dominio colonial.

El propio José de San Martín en una misiva escrita al general Tomás Guido en 1845 plantea esta pertenencia: "usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy del Partido Americano, así que no puedo mirar sin el mayor sentimiento los insultos que se hacen a la América". También Simón Bolívar refiere a América cuando invoca su utopía: "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria" (Carta de Jamaica, 1815).

Es decir, que la primera identidad unificadora de las luchas peninsulares fue la americana. En este marco llama la atención la referencia a Hispanoamérica hecha en el que quizás sea el primer plan de acción integrador: El "Ensayo sobre la necesidad de una federación de Estados Hispanoamericanos y su plan de operaciones" escrito por Bernardo de Monteagudo en 1825, poco antes de su asesinato en Lima. En él, Monteagudo traza los elementos centrales que deben llevar a la unidad continental de las nacientes repúblicas: La independencia, la paz y el comercio. Pero no refiere para esta unidad a América, sino a Hispanoamérica, marcando los límites de la convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá propuesto para 1826 por Simón Bolívar, a pedido de quien Monteagudo escribió este trabajo.

Con esta definición, Monteagudo deja de lado a los Estados Unidos, con quien de todas formas Bolívar tenía una relación de amistad e incluso de colaboración, pero sobre todo excluye a Brasil, a quien en el propio texto acusa, en su forma imperial, de ser un aliado de la Santa Alianza (acuerdo de monarquías europeas que buscaron evitar el avance liberal en el propio continente y más allá del Atlántico).

Aquí aparece entonces uno de los ejes más interesantes de la discusión sobre Latinoamérica. La situación de Brasil. ¿Es o no es parte de esta definición? Evidentemente una de las cuestiones a la que se remite cuando se piensa en la idea de América Latina, es su historia común en términos de situación colonial, idioma común e incluso luchas comunes, como las independentistas. Sobre todo, en Sudamérica, esto es una realidad inobjetable con la presencia de los Ejércitos de San Martín en el Sur, y Bolívar en el centro y norte del subcontinente.

Pero como pone de relieve con claridad Monteagudo en su escrito, esta no es la situación de un Brasil que no sólo tuvo su período como metrópoli del imperio portugués durante la ocupación napoleónica, sino que en su proceso de "independencia" toma la forma de imperio bajo la figura de Pedro I. Evidentemente entonces no será esa historia común la que incorporará a Brasil en América Latina. Y, de hecho, su incorporación no surgirá junto con el nacimiento del concepto sino prácticamente un siglo después mostrando el cariz flexible del término, tal como se mencionó al inicio.

Como sea, para ver cómo será esa incorporación deberemos primero recorrer la propia constitución del término que se dará a mediados del siglo XIX, una vez que esta primera idea americana planteada por los libertadores comienza a ser cuestionada principalmente por la acción de un Estado que rápidamente comienza a mostrar un interés hegemónico en el continente: Los Estados Unidos.

Los primeros ecos de Latinoamérica: Las elites liberales en búsqueda de su identidad.

Concluida la dominación española en América, las élites triunfantes comienzan a preguntarse sobre su propia identidad. No podían estas repúblicas nacientes ser las herederas del pasado colonial. De hecho, su lucha, al menos en su discurso, no sólo había sido contra la obediencia a los peninsulares, sino también en pos de otra forma de gobierno basadas en los principios del liberalismo político.

Tampoco reclamaban para sí el orden pre-hispánico, generando una reivindicación de esas culturas, aunque esto haya existido en algunos casos, como en la figura de Juan José Castelli, quien denominó a sus cañones con el nombre de Tupac Amaru y planteó terminar con las lógicas de explotación indígena colonial, en su fallida excursión al Alto Perú. Pero los representantes de esta corriente igualitarista, en la que se pueden incluir a Mariano Moreno y Manuel Belgrano, fueron rápidamente derrotados, y las nuevas élites al mando de los gobiernos antes que subvertir el orden colonial en términos de estratificación social, buscaron reproducirlo. Por tanto, no podrían fundar en esas antiguas civilizaciones originarias su identidad.

Ni hijos de españoles, ni hijos de indios. Entonces ¿qué eran? Es allí donde aparece la primera forma de la latinidad. En ese momento, América Latina fue el nombre elegido para denominar la restauración de la civilización de la Europa meridional, católica, en el nuevo continente, y al mismo tiempo, reproducir las ausencias (de los indios y los africanos) del período colonial.

Fue, a la vez el resultado de una acción de geopolítica cultural, si se quiere, por parte de la intelectualidad francesa que buscaba imponerse como el faro cultural sobre los restos de los dominios españoles, combinada con la necesidad de las élites locales de construir su historia enmarcados en un proceso universal que los conectaba simbólicamente con las formas republicanas de la antigua Grecia, que posteriormente recogía los ideales de la revolución francesa y que finalmente los depositaba en el nuevo continente con la misión de reproducir esas formas de gobiernos y pautas culturales en el nuevo mundo.

Tal como afirma Mignolo: "Los intelectuales y funcionarios franceses utilizaron el concepto de «latinidad» para tomar la delantera entre los países latinos que tenían intereses en América (Italia, España, Portugal y la propia Francia) […] En América del Sur y las islas del Caribe español, las élites de criollos blancos y mestizos adoptaron la «latinidad» después de la independencia para crear su identidad poscolonial (2007, p.82).

En este contexto, la imposición del concepto de Latinoamérica contuvo a su interior una faceta racial. Así, mientras que, en Europa, el surgimiento de la burguesía y la entrada a la modernidad tuvo como consecuencia el surgimiento de un nuevo estrato social oprimido, el proletariado, en América, la entrada al mundo moderno continúo por años bajo la matriz colonial racista, separando al componente europeo, del mestizo, el indio y el negro. Con ello, la idea de latinidad contribuyó a disfrazar la diferencia colonial interna con una identidad histórica y cultural que parecía incluir a todos pero que, en realidad, producía un efecto de totalidad silenciando a los excluidos.

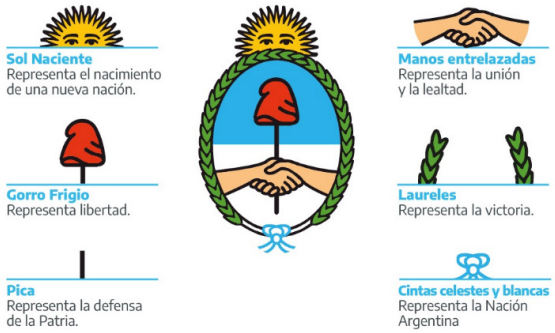
Juan Bautista Alberdi expondrá claramente este concepto al explicar, en su Ensayo sobre el gobierno en Sud-América que "La revolución de América fue hecha por el pueblo europeo de origen y de raza, no el pueblo de nacionalidad indígena y salvaje […] Es en nombre de la Europa que somos hoy mismo dueños de la América salvaje, los americanos independientes de origen español" (1896 p.37). Así, tal como plantea Roig "La expresión "nosotros los latinoamericanos", se reducía en Alberdi a un "nosotros los europeos latinos de América" (1981, p.23)

Esta forma, este determinado "ethos" de la latinidad atrajo la inmigración europea en tiempos de crisis en el viejo continente. La política migratoria fue una de las medidas tomadas para promover el progreso y la civilización, e indirectamente "blanquear" a los nuevos estados.
Por tanto, esta primera acepción de América Latina trae consigo tres componentes principales. El primero, el desplazamiento de España y la voluntad de Francia de convertirse en el eje articulador de la "latinidad" en su disputa con Gran Bretaña. Por ello traslada la cosmovisión europea de la existencia de dos ámbitos de influencia (la raza latina y la teutona o sajona) a su mirada sobre América. Nótese que la presencia francesa prácticamente no incide, al menos en Sudamérica, en términos económicos, donde destaca por supuesto Gran Bretaña. Sin embargo, su peso cultural es tan importante que logra apropiarse del sentido civilizatorio en toda la región.

El segundo elemento es la comunión voluntaria que se establece en esta relación por parte de las élites liberales gobernantes. En ello sin duda influye el peso de su formación en Francia, pero también el lugar que se les ofrece en este nuevo relato, fomentando su rol "civilizatorio" y "modernizador" sobre un continente primitivo. Esta idea condice con su búsqueda de preservar las lógicas estamentarias del mundo colonial donde la estratificación social tenía un claro componente racial que ubicaba a los criollos blancos sólo un escalón por debajo de los peninsulares. Lograda la independencia, lo que se altera en todo caso es la ubicación de los primeros escalafones, pero las élites buscarán sostener inamovible el resto del esquema. En este contexto, la primera construcción de la latinidad marida en forma excelente con esta pretensión.

En tercer y último lugar, aparece el componen asociado a la orfandad histórica de las repúblicas nacientes, que el "ethos" latino viene a resolver. Ni españoles, ni herederas de los imperios originarios, las nuevas repúblicas y sus élites pueden reconocerse entonces como producto de la modernidad y del espíritu de la libertad occidental, superando así su orfandad y su condición de "naciones sin historia". Para observar esta cuestión, sólo hace falta repasar la cantidad de reminiscencias griegas o franceses que se hacen presentes en los símbolos patrios latinoamericanos, como gorros frigios, bustos griegos o frases asociadas a la Revolución Francesa. Solo por poner un ejemplo, el escudo nacional argentino cuenta con dos brazos sosteniendo una pica que en su punta porta un gorro frigio, propio de una realidad que nunca existió en este continente. A su alrededor, una corona de laureles coronada por un sol naciente que expresa, según los expertos, la llegada de una nueva nación. (Imagen 1)

Imagen 1: Escudo Nacional Argentino



Fuente: Ministerio de Educación, República Argentina

La fragmentación de América y el giro antimperialista

Esta primera acepción nació asociada a un cuarto elemento que progresivamente va a ir tornándose central. La idea de la existencia de dos Américas. La geopolítica francesa no sólo debatía con la influencia inglesa a nivel global y buscaba convertirse en líder de los viejos territorios coloniales españoles, sino que también miraba con preocupación la voluntad expansionista de una nueva nación que planteaba para si un futuro de grandeza: Los Estados Unidos de América y su definido Destino Manifiesto.

> En relación a esto, el periodista John O´Sullivan (1845) lo planteaba de la siguiente manera: *"El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino".*[2]

Frente a esta realidad, América Latina como idea también comenzó a pensarse como un espacio de resistencia ante ese avance. De hecho, una de las primeras referencias al término, propuesto por el poeta colombiano José María Torres Caicedo se realizará en su poema denominado, justamente, las Dos Américas. En él, planteaba claramente la existencia de dos entidades a punto de la confrontación y hacía un llamamiento a la unidad:

"Mas aislados, se encuentran desunidos / Esos pueblos nacidos para aliarse: / La unión es su deber, su ley amarse: / Igual origen tienen y misión: / La raza de la América Latina / Al frente tiene la sajona raza /Enemigo mortal que ya amenaza / Su libertad destruir, y su pendón".

Tanto el año como el lugar donde fue escrito este poema son significativos. El lugar es Paris, donde el poeta pasó gran parte de su vida siendo además un francófilo declarado. El año es 1857, momento en que finalmente culmina con derrota la invasión del filibustero William Walker a Centroamérica. Y justamente con relación a esta acción es que Torres Caicedo realizó su poema.

William Walker era un político estadounidense que organizó un grupo de mercenarios con el objetivo de tomar el control territorial de Nicaragua con la intención de construir un canal bioceánico en esas tierras. Tras él, por supuesto, estaba el propio gobierno norteamericano que veía con interés esa posibilidad ante la necesidad de encontrar una forma rápida y segura de conectar sus dos costas tras la incorporación de California y otros territorios a su Estado y de haber descubierto oro en esas tierras.

Esta acción fue vista primero con extrañeza y luego con creciente preocupación por parte de la intelectualidad latinoamericana, entre los que se encontraba Torres Caicedo. Ya no se estaba en presencia del faro de la libertad, de la primera república del continente, aliada de los luchadores de la independencia, refugio de José Martí entre otros, sino de un actor distinto. Los Estados Unidos que emergían en la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a proyectar una sombra de duda y temor sobre el resto del continente, hecho que terminó de confirmarse, al menos para algunos sectores intelectuales y políticos con la acción frente a la "independencia" de Cuba, donde intervinieron para poner fin a la lucha contra los españoles en 1898, convirtiendo a la isla en un protectorado.

Este hecho, junto a la promoción del denominado "Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe" o "Teoría del Gran Garrote" de 1904, que legitimaba la intervención militar estadounidense, impulsó el cambio de mirada del término latinoamericano de su primera concepción elitista hacía un vocablo usado por aquellos que pensaban en la necesidad de unirse frente a la agresión del norte. A la vez, para aquellos primeros usuarios del concepto, los sectores liberales, este se fue volviendo incómodo, generando un reacomodamiento y reencontrando en América y el panamericanismo un vocablo mucho más transitado.

La generación del 900

Quienes mejor expresarán este giro hacía el antimperialismo del concepto latinoamericano serán los integrantes de la denominada Generación del 900. Sus miembros, intelectuales y políticos se nutrieron en principio de la visión del escritor uruguayo José Rodó, quien en su texto "El Ariel" configuró el conflicto del nuevo siglo en América entre la raza latina y la raza sajona (definidas no en términos raciales sino culturales).

> Decía Rodó: *"La poderosa federación (EEUU) va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes […] Es así como la visión de una América deslatinizada por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir".* (1900, p. 37)

Ante esta situación, peligrosa en la mirada de Rodó por anular el sentir mismo de la latinidad, vinculado al humanismo frente a una idea del materialismo sajón,

[2] Cita extraída de Miguel Ángel Barrios, El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte, Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 32

el autor llamaba a la juventud a resistir este proceso: *"A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu."* (1900, p. 55)

Sobre esta base entonces se organizará la Generación del 900 que contará con un punto de partida diferente al momento anterior: la resignificación del pasado hispano. Esto se debió no sólo al paso del tiempo entre las guerras independentistas y el nacimiento del nuevo siglo, sino también al giro en la propia identidad que empezó a propagarse desde la ex metrópoli sobre sus antiguas colonias. Finalizado el Imperio Español con la pérdida de sus últimas colonias en América (Cuba y Puerto Rico, en 1898), los intelectuales peninsulares comenzaron a repensar su lugar en la historia, al pasar de ser una de las principales potencias a convertirse en un país marginal y pobre de la Europa en ascenso.

En este tránsito, de imperio a provincia, la mirada sobre las naciones hispanoamericanas también se transformó de una idea de subordinación a una de hermandad, por ejemplo, en las obras de Miguel de Unamuno o Ortega y Gasset. (Barrios, M.A, 2007)

Por ello, a diferencia de la mirada bolivariana, en la generación del 900 se observa una revalorización fuerte del pasado hispánico, al que, si bien no se le niegan crímenes, se los minimiza frente a la obra de otros conquistadores, como los ingleses. Además, otro punto nodal de la colonia, la religión católica, es visualizada como un elemento aglutinador y de fe de los pueblos, oponiéndose fuertemente a las corrientes laicistas y anticlericales. Y finalmente hay una fuerte reivindicación del mestizaje, como una forma de edificación de una nueva "raza cósmica", tal como la define José de Vasconcelos, llamada a construir un porvenir venturoso para la región. (Paikin, Perrotta y Porcelli, 2016).

Así, América Latina se va volviendo morena, perdiendo el tamiz racista ya relatado de la etapa anterior, a la vez que se va definiendo como una entidad opuesta, con un fuerte temor, pero también con admiración, a la América Sajona, que, si bien incluye otros países como Canadá y algunas islas caribeñas, esta principalmente definida por los Estados Unidos.

Entre los miembros de esta generación, el argentino Manuel Ugarte será sin dudas quien más hará por la difusión de esta nueva visión antimperialista de lo latinoamericano. De raíz socialista, Ugarte reformulará su pensamiento hacía un componente más nacionalista y antimperialista impulsado por una fuerte crítica a algunos componentes más "europeístas" que creía observar en el pensamiento de Juan B. Justo (líder del socialismo argentino), a quien asociaba al pensamiento positivista y a un cierto desprecio por los pueblos latinoamericanos.

> Frente a esto Ugarte plantea en su texto "El porvenir de la América Española" una fuerte reivindicación a la figura del mestizo y del originario, tan atacada tanto por el pensamiento liberal como desde ese socialismo iniciático y urbano que expresaba el propio Juan B. Justo. Ugarte escribía entonces: *"Envueltos en su poncho indígena y armados con el cuchillo reluciente, sembrando ya el pavor, ya el entusiasmo, vivificaron los desiertos con una inyección de sangre nueva. Fueron ellos (los mestizos), los que engrosaron los primeros escuadrones de la independencia y los que dieron su sangre con Artigas, Ramírez y Quiroga para tener en jaque la tiranía de los puertos"* (1910, p:14).

En ese contexto, y con estas ideas en mente, Ugarte inicia una gran gira latinoamericana en 1911 para impulsar lo que él definió como "Los Estados Unidos del Sur" y para implantar en cada uno de los países una asociación antimperialista que siguiera sus preceptos. Cuba, México y Nicaragua son algunos de los países donde Ugarte sembrará su mirada, dejando tras de sí grandes propulsores como el cubano Julio Antonio Mella, el mexicano José de Vasconcelos o el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Este último, sin dudas, con la conformación de su movimiento – partido, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) se convertirá en la referencia del antimperialismo en la región durante las décadas el '20 y '30 del siglo pasado, identificando la causa nacional con la causa antimperialista y propugnando por la creación de un frente político policlasista para enfrentar a los Estados Unidos.

> Ese componente de resistencia frente a la agresión era, para Haya de la Torre, la principal definición de América Latina y por tanto su programa histórico: *"Nuestra primera tarea política es, consecuentemente, la tarea de defender nuestra soberanía. En esta obra de defensa ningún país aislado puede obtener la victoria. Si el peligro es común, económico, con proyecciones políticas, la defensa tiene que ser también común"* (1936, p:24).[3]

[3] Es interesante notar que Haya de la Torre, junto con Mariátegui en el denominado debate peruano de la década del 30, terminan inclinándose por término Indoamérica para denominar a la región con la intención de construir un concepto más cercano a las mayorías originarias o mestizas del país, partiendo además de una concepción sobre el rol que las comunidades campesinos – originarias tenían que cumplir en una futura emancipación o revolu-ción de carácter socialista. Sin embargo, si bien ha retornado la expresión en numerosas oportunidades, no logró imponerse por sobre el concepto central que estamos tratando. Para más información sobre el tema puede recurrirse a Portocarrero Grados, Ricardo. (2022). El concepto de Indoamérica en Víctor Raúl Haya de la Torre, 1924-1945. Revista Del Archivo General De La Nación, N° 1, Volumen 37, Lima, Archivo General de la Nación.

Así, Latinoamérica se configura como un espacio defensivo de aquellos que, herederos de la colonización española, hoy deben unirse para evitar una nueva agresión. El término, antes propio de las élites liberales, es tomado como suyo por los movimientos de resistencia, dentro del amplio espectro de la izquierda política. Su nueva geografía atravesaba el continente con ejes aglutinantes en Cuba, México y Perú, aunque abarcando al conjunto de Hispanoamérica. Sin embargo, encontraba un muro en la densa selva amazónica, manteniendo a Brasil ajeno a este movimiento.

Las razones para esto son muchas. Más allá de la evidente historia diferenciada colonial, también aparecía el hiato en la mirada sobre el rol que jugaban los Estados Unidos en la región y las formas de asociación con dicha potencia. Particularmente interesante es el hecho que la diplomacia brasileña, de la mano de su organizador, José Maria da Silva Paranhos Júnior, conocido como el Barón de Rio Branco, antes que oponerse a la Doctrina Monroe la avaló completamente en un juego de alianzas frente a la presencia de potencias europeas en el Amazonas (las Guayanas tanto inglesa, como francesa y holandesa). Por ello, el sentido defensivo pensado desde el mundo hispanoamericano no conmovía al pensamiento brasileño más preocupado durante las primeras décadas del siglo XX por lograr definir sus fronteras y lograr la integración de un territorio tan extenso como diverso.

Tal como afirma Bethell (2012) "No sólo se creía – el Barón de Rio Branco - que los Estados Unidos ofrecían la mejor defensa contra el imperialismo europeo (que para el Brasil seguía siendo una amenaza más grande que el imperialismo estadounidense), sino también que proporcionaban orden, paz y estabilidad a América Latina, es decir, a Hispanoamérica" (p.61).

Por tanto, difícilmente Brasil se sentiría convocado a un encuentro de resistencia antinorteamericana. Pero la mirada sobre la idea de América Latina como hemos dicho es dinámica y flexible. Tras la Segunda Guerra Mundial, en un mundo partido entre capitalistas y comunistas, entre el primer y el tercer mundo, Latinoamérica nuevamente se resignificó. Y allí si, Brasil comenzará lentamente a ser parte de esta nueva configuración. A partir de este momento, la palabra clave ya no será la autonomía o la soberanía, sino que se inclinará hacía un nuevo concepto que reconfigurará los límites geográficos y simbólicos: el desarrollo.

Subordinación, subdesarrollo y periferia: Las nuevas caras de América Latina

Como idea política, el concepto de desarrollo reconoce su inició tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Será la escuela modernista, de raíz estadounidense, la que buscará dar una respuesta a un elemento central del nuevo mundo que se alumbraba tras el fin de la contienda militar: las asimetrías entre los países en términos de riqueza.

Tras unos intensos primeros años de lucha para la imposición de la idea desde diferentes esferas académicas y políticas, fue el presidente Harry Truman quien, en el Discurso de la Unión, en 1949, propuso al Congreso y a la sociedad norteamericana *"un nuevo y audaz programa, el del desarrollo, para hacer que los beneficios de nuestros avances científicos y el progreso técnico sirvan para la mejora y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas"*, llevando así esta idea a ser una de las naves insignias de la política exterior estadounidense y a ganar, por tanto, un gran espacio en la conversación mundial.

Este concepto logró rápidamente una gran aceptación, principalmente por su condición universal. El desarrollo era visto como un camino posible para cada nación, al tiempo que construía una unidad en un mundo de diversas historias y recorridos: el del subdesarrollo. Así como había un único modelo de desarrollo, aunque alcanzable para cualquiera, los distintos procesos y formas de construcción social que existían en el mundo periférico, también se organizaban en una sola categoría analítica definida como "subdesarrollo", transformando experiencias histórico-culturales diversas en una condición a ser superada.

> Tal como plantea Esteva, tras el discurso de Harry Truman, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, *"desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros (...) un espejo que reduce la definición de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante"* (Esteva, 1996, p. 36).

Desde esta nueva forma de observar el mundo, el continente americano volvió a ser interpelado. Si el desarrollo se encontraba en el norte, el resto, sin mucha diferenciación, se presentaba como subdesarrollado. Y esto incluía en un mismo espacio tanto a Hispanoamérica, como a Brasil.

En este contexto, fueron las Naciones Unidas quienes retomaron la idea de Latinoamérica para hablar de ese territorio atrasado del continente, al crear en 1948 un espacio de reflexión y análisis para trabajar sobre las causas del subdesarrollo en la región y proponer opciones de salida. Denominaron a este espacio como la Comisión Económica para América Latina, la CEPAL.

Rápidamente, orientados por el pensamiento de su primer secretario general, el argentino Raúl Prebisch, los cepalinos o estructuralistas, llamaron la atención sobre un punto ciego del enfoque modernista: Las razones de la existencia de un

polo desarrollado y un polo subdesarrollado. Hasta ese momento el pensamiento modernista, aunque vagamente, parecía responsabilizar a cada sociedad por su nivel de desarrollo. Era, en definitiva, un problema endógeno, por suerte, solucionable.

Contrariamente a esta mirada, los pensadores de la CEPAL teorizaron el problema de las asimetrías a partir de las relaciones existentes en el sistema internacional, y particularmente en el sistema económico internacional, donde la historia y las relaciones de poder entre los Estados habían determinado que lugar ocuparía cada uno de ellos en la escala desarrollo-subdesarrollo.

Tal como planteaban Cardoso y Faletto en su recordado texto Dependencia y Desarrollo en América Latina *"entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas no sólo existe una simple diferencia de etapa o de estado del sistema productivo, sino también de función o posición dentro una misma estructura económica internacional de producción y distribución"* (1977, p. 24). Es decir, que el problema del subdesarrollo tomaba un cariz exógeno a las capacidades y formas organizativas nacionales.

Incluso algunos autores iban más allá asignándole a las asimetrías de desarrollo una lógica estructural en el capitalismo. Por caso, André Gunder Frank (1969) llega a plantear que la propia existencia del desarrollo en algunos territorios no era explicable sin la existencia del subdesarrollo en otros en virtud de la extracción y la transferencia de riquezas.

Como sea, lo cierto es que en esta mirada que definía dos polos -el centro y la periferia-, donde los primeros presentaban economías homogéneas basadas en la producción de manufacturas, y los segundos presentaban estructuras económicas heterogéneas basadas en la extracción de materias primas, tanto Hispanoamérica como Brasil ocupaban el mismo rol y por tanto pasaban, ahora sí, a ser parte de una misma entidad ya no sólo por la denominación impuesta desde el exterior, sino por la propia forma en que sus intelectuales y políticos comenzaban a autopercibirse.

Pensadores como Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, el propio Fernando Henrique Cardoso, Helio Jaguaribe y Darcy Ribeiro, entre otros, serán fundamentales para el reposicionamiento de Brasil como parte de América Latina y propulsores de distintos proyectos de unidad. De hecho, la salida al problema del subdesarrollo propuesto por la CEPAL era la constitución de un Mercado Común Latinoamericano capaz de resolver los cuellos de botella y el déficit crónico de las balanzas de pagos (con el consecuente estrangulamiento externo) a partir de dos elementos: la promoción masiva de exportaciones (tanto en bienes tradicionales como no tradicionales) y el pasaje de una industrialización liviana o fácil a un proceso de industrialización pesado o difícil (Prebisch, 1959).

Este Mercado Común se planteó en 1960 bajo el nombre de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) la cual, sin embargo, sucumbió a sus propias asimetrías entre los países más "desarrollados" y los más "subdesarrollados" de la región dando vida a un nuevo agrupamiento de estos últimos en lo que se conoció como el Pacto Andino (1969).

De todas formas, este no fue el fin de la Latinoamérica desarrollista, que siguió bregando por imponer sus ideas al tiempo que dicha identidad era reclamada tanto por los movimientos revolucionarios, como marca de solidaridad entre las diferentes luchas durante los años '60 y '70, como también por numerosos actores y gobiernos extra regionales que usaron el vocablo para englobar el terror de los diferentes procesos dictatoriales de la región. Así, Latinoamérica también se construyó como un espacio del horror, de la tortura y de la desaparición de personas.

Los años '90 y el retroceso de América Latina

La década del '80, asociada a la recuperación democrática sobre todo en Sudamérica, pareció revivir la idea de Latinoamérica como gesta antimperialista con iniciativas como el grupo de Contadora[4] y el Grupo de Apoyo a Contadora en relación con el conflicto nicaragüense. Sin embargo, este envión duró poco y ya para fines de la década su estrella comenzó apagarse, hecho que terminó de materializarse en los años '90.

En esta disolución latinoamericana como espacio de resistencia influyeron varios fenómenos. El primero fue la hegemonía de procesos neoliberales en la región que no comulgaban en nada con la idea de construir una identidad confrontativa con los Estados Unidos. Por el contrario, tras la caída del muro de Berlín, los gobiernos latinoamericanos buscaban por todos los medios ser calificados como el mejor socio del gigante del norte.

Esto tenía que ver por supuesto con una voluntad de sumarse al carro de los vencedores, pero iba mucho más allá y se vinculaba con la imagen de país que se buscaba construir tanto interna como externamente. Si algo había tenido el momento anterior, era la idea de una Latinoamérica asediada, que debía defenderse de las agresiones (políticas

[4] El Grupo de Contadora (México, Panamá, Colombia y Venezuela) de 1983 y el Grupo de apoyo a Contadora (Brasil, Perú, Argentina y Uruguay) de 1985 son dos nucleamientos que "latinoamericanizaron" el conflicto nicaragüense bajo la premisa de la no intervención (ni de EEUU, ni de la URSS).

y económicas) externas. En ese sentido, el principio rector había sido la construcción de autonomía frente a un mundo peligroso. Por el contrario, la nueva ideología buscaba una integración plena al mundo (por supuesto, al mundo occidental) de donde antes que amenazas, llegaban oportunidades de negocios y modernización. Es una mirada, tal como la describió Amado Cervo (2003), de un "globalismo benigno".[5]

En este marco, la unión con los similares no parecía traer más beneficios que atarse a su destino de atraso y por ello, si bien existieron algunos procesos de integración particulares como el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) creado en 1991, la referencia principal para estos gobiernos volvió a ser América como un todo, siendo la Organización de Estados Americanos y las Conferencias Panamericanas el eje central de la década. (Morgenfeld, L., 2016)

Un segundo elemento que transformó el concepto fue la masiva migración de centro y sudamericanos que se volcaron a los Estados Unidos desde mediados de los años '80 y principalmente en la década del '90 (fenómeno que por supuesto continúa) en virtud del declive de las economías de la región. Estos migrantes, más allá de su procedencia nacional, comenzaron a ser denominados como "latinos" en los Estados Unidos, agregando a esto un tono discriminatorio y despectivo. De hecho, autores como Samuel Huntington (2004) hablan de ello como la "amenaza latina" a la forma de ser sajona en una particular inversión del argumento de Rodo de principios del siglo.

Esta mirada comenzó a vincular directamente la identidad latina con la pobreza, la ilegalidad y el narcotráfico, convirtiéndola en una marca a la cual sus portadores deseaban evitar. Y más allá de que siempre habrá sectores que desde la discriminación recuperen esa identidad para resignificarla, hecho que irá in crescendo a partir de los años 2000, en principio hubo una huida de aquellos señalados como latinos, incluso en los países de la región, para evitar la estigmatización y la discriminación racial. Porque tal como plantea Yúdice (2006) la construcción de la identidad latina en EEUU trae además de los patrones culturales, un componente racial que luego se traslada con el concepto a las propias sociedades de los países latinoamericanos.

Finalmente, el tercer elemento que puso en crisis la idea de América Latina en los años '90 fue el cuestionamiento surgido desde los movimientos indigenistas, quienes nucleados en principio en torno al rechazo de las celebraciones de los 500 años del "descubrimiento" de América en 1992 comenzaron a plantear lo inadecuado del término para expresar su pasado, presente y futuro.

Evidentemente los movimientos indigenistas existían con anterioridad a esa fecha, pero será posiblemente su coordinación junto con el surgimiento de la preocupación sobre las cuestiones culturales propia de la Escuela Decolonial y su planteo sobre la forma en que el poder pervive por medio de la colonialidad impresa en los conceptos, lo que llevará a la búsqueda de un reemplazo para la idea latinoamericana.

Tal como planteaba Quijano (1992) "La cultura europea pasó a ser un modelo cultural universal. El imaginario en las culturas no-europeas, hoy difícilmente podría existir y, sobre todo, reproducirse, fuera de esas relaciones." (pág. 13). Ante esto, proponía cómo primer paso "la descolonización epistemológica para dar paso a una nueva comunicación intercultural, a un intercambio de experiencias y de significaciones, como la base de una otra racionalidad que pueda pretender, con legitimidad, alguna universalidad." (pág.20).

En esa descolonización epistemológica caía la idea de América Latina. Sin embargo, su reemplazo no sería sencillo y, de hecho, la alternativa Abya-Yala, tuvo muchos inconvenientes para su consolidación. De todas maneras, al ser una crítica desde sectores que habían participado históricamente de la fase antimperialista de la idea latinoamericana, generó una gran fractura y puso en jaque a la denominación.

El nuevo siglo y el renacer latinoamericano

Tras la década neoliberal, la llegada del nuevo siglo vino acompañada de la crisis del modelo económico – social propuesto en la región. En este marco, gran parte de los movimientos de resistencia que habían surgido al calor de la lucha contra el neoliberalismo volvieron a construir la vieja utopía latinoamericanista como marca de unidad. En ello confluyó tanto la identidad bolivariana del gobierno de Hugo Chávez, como las tradiciones de izquierda presentes en el Partido de los Trabajadores de Brasil y el Frente Amplio Uruguayo. Estas, sumadas a la recuperación discursiva del cariz antimperialista del peronismo de la resistencia que pusieron de relieve los gobiernos kirchneristas en la Argentina, conformaron una hegemonía discursiva sobre la que luego se montaron, con sus particularidades, tanto el gobierno de Evo Morales, como el de Rafael Correa en Ecuador.

Sin dudas, el punto de mayor expresión de esta propuesta fue la Cumbre Hemisférica de Mar del Plata, del año 2005, donde se los países del MERCOSUR (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay) más Venezuela negaron su apoyo para

[5] El autor plantea que bajo la premisa del globalismo benigno los intereses nacionales se diluyen en el orden creado por el multilateralismo de las relaciones internacionales, la llamada gobernanza global.

la concreción del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), cuya integración había sido prioritaria para los Estados Unidos desde mediados de la década anterior con la finalidad de construir una iniciativa económica común que, además de beneficios comerciales, dejará en claro su preeminencia política y cultural sobre todo el continente.

En esa cumbre, los discursos de los presidentes de la frontera atlántica de América del Sur, así como la construcción de una contra-cumbre fogoneada por el gobierno argentino, puso en el centro de la escena la recuperación del espíritu político del latinoamericanismo. Allí hablaron, además de Hugo Chávez, Evo Morales, a meses de su consagración presidencial, así como varios dirigentes cubanos, pese a que Cuba, como país, había sido expulsado hace muchos años de la Organización de Estados Americanos y, por tanto, tampoco participaba de la Cumbre oficial de Mar del Plata sobre el ALCA.

Este reverdecer del antimperialismo fue complementado con un nuevo renacer del desarrollismo. Al año siguiente del no al ALCA, en la Cumbre de presidentes del MERCOSUR realizada en la ciudad de Córdoba, se sumó un fuerte componente económico neodesarrollista orientado a la industrialización y a la construcción de cadenas regionales de valor. (Vázquez, M. 2018)

En este contexto, la unión regional volvió a definirse como el vehículo del desarrollo, apalancados en un ciclo muy favorable del precio de las *commodities* y en un marco político de relativa autonomía frente a una potencia continental y mundial volcada a resolver su propia seguridad en torno a la estabilización de Medio Oriente y Asia Central.

Incluso, en Estados Unidos, la dimensión latina comenzó a reconfigurarse tanto por lo que ocurría en la región como así también por el hecho de que la comunidad había crecido tanto que empezaba a ser considerada en decisivo colectivo electoral (Tacher Contreras, D., 2020). Además, por el propio paso del tiempo y las oportunidades brindadas por la economía estadounidense para progresar, la comunidad latina y sus descendientes ya no coaligaban directamente con la pobreza. Comenzaron a florecer médicos, abogados, políticos, deportistas, actores y músicos de origen latino que fueron transformando, aún en un marco de discriminación, la percepción de la sociedad blanca norteamericana sobre la comunidad.

De esta forma la idea de América Latina recuperó su primacía como expresión identitaria de la región, dejando atrás los principales puntos de debate de la década anterior.

Sobre esa base, sin embargo, se empezaron a trazar algunas divergencias. Si bien se mantenía la apelación latinoamericana, Brasil sobre todo comenzó a delimitar una nueva idea geopolítica: La construcción de Sudamérica, hecho que tras los fallidos intentos del año 2000 con la conformación del Área de Libre Comercio Sudamericana (ALCSA) y de 2004, con la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), termina haciéndose realidad en 2008 con la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR).

UNASUR condensó durante sus años de esplendor (2008-2016) la acción de la diversidad de expresiones políticas de los países sudamericanos bajo la mirada estratégica de la diplomacia brasileña, la cual constituyó allí un eje para la concreción de al menos tres objetivos: A) Mostrar su marco de hegemonía subregional como respaldo para su proyección global B) Redefinir la disputa con Estados Unidos, de la lógica de confrontación general del antimperialismo hispanoamericano, a una confrontación pactada (Russell y Tokatlian, 2003) y C) favorecer la expansión de sus principales empresas tanto de bienes como de servicios (por ejemplo constructoras) a partir de la instalación de la Iniciativa de Infraestructura Sudamericana (IIRSA), incluida como plan rector en el Consejo Sudamericano de Infraestructura y Planificación (COSIPLAN).

Aún con esta impronta, como se mencionó, Brasil no logró (y posiblemente tampoco buscó) establecer una nueva identidad. De hecho, con el apoyo a la creación en 2011 de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), de impulso venezolano, buscó cubrir con una institución más de carácter discursivo y cooperativo ese flanco identitario que quedaba desprovisto de carnadura ante la primacía de UNASUR (Paikin, D. y Barros, E., 2014)

Toda esta oleada entró en dudas con la llegada de Jair Bolsonaro al poder en 2019, el cual con su desinterés estratégico sobre el rol de Brasil a escala regional y global profundizó la crisis que ya se había empezado a vislumbrar en UNASUR hasta prácticamente dejarla sin actividad. La CELAC, por su parte, permaneció más activa con la impronta propuesta en primer lugar por Andrés Manuel López Obrador en México y luego por Alberto Fernández, en Argentina.

Como sea, si bien estos movimientos coyunturales, hoy revertidos en parte con el regreso de Lula al poder en Brasil, han generado alteraciones, lo cierto es que no se ha podido construir estos últimos años ni una nueva cara para interpretar América Latina, ni tampoco un significante nuevo para desplazarla.

Desde la pandemia de Covid-19 lo que se ha visto, en todo caso, es una gran fragmentación regional, con la ausencia de un motor intelectual o político que pueda repensar la región de cara a los nuevos desafíos, como por ejemplo los

cambios económicos o políticos producto del cada vez más acelerado ascenso de China. ¿Qué significaría esta América Latina en un mundo organizado desde el gigante asiático? ¿Cómo nos ven desde allí? ¿Qué sentido tienen preceptos como desarrollo y autonomía en el nuevo contexto de la economía global? Estas son sólo algunas preguntas que se pueden hacer y que seguramente volverán a poner en tensión a la propia idea de América Latina de cara a los nuevos tiempos.

Lo cierto es que, mientras los problemas que aquejen a nuestras naciones sean similares, y mientras nuestros pueblos construyan canales de diálogo e intereses comunes, la idea de ser una región diversa, pero en unidad seguirá siendo una realidad,

Conclusiones

La idea de América Latina ha recorrido un largo camino desde que fue acuñada a mediados del siglo XIX. Desde ser una marca identitaria para los europeos en América, hasta plantarse como una bandera antimperialista, como marca de un determinado modelo de desarrollo económico, o describir a un colectivo vulnerado en los EEUU, muchos han sido sus usos. Y para todos ellos ha tenido su utilidad. La pregunta que intentamos responder es el por qué de esta persistencia en el tiempo.

La respuesta sin dudas debe empezar por dejar de considerar a América Latina como un espacio geográfico o lingüístico. Latinoamérica fue y es una construcción política de fronteras variables, tal como hemos visto por ejemplo con relación a la inclusión o no de Brasil. Pero mientras lo que incluye es flexible, lo que excluye es claro: Estados Unidos (y Canadá).

Esta idea de división del continente y, sobre todo, de exclusión de la potencia nos habla de la existencia de un sentido defensivo del concepto y de un eje puesto en la relación con el Gran Otro, hecho que está presente de una u otra manera en todas las historias nacionales de la región. Por ello, la autonomía (o su opuesto, la dependencia sea esta vista en forma negativa o positiva) es un concepto vital para entender tanto la identidad de cada uno de los países como de la región en su conjunto.

Se suma a esta dimensión, un segundo elemento que es la incorporación subordinada de las economías latinoamericanas al capitalismo global, lugar del que, aún con diversas estrategias, ningún país ha podido migrar. Ni siquiera Brasil, siendo la octava economía del mundo por tamaño logró dejar atrás la historia de pobreza que acompaña a amplios sectores de las poblaciones de la región. Este elemento, con su carga cultural de angustia, migración y también resiliencia frente a la adversidad, es otro rasgo común.

Son entonces estas matrices permanentes (del par autonomía y desarrollo) las que han construido la historia de cada uno de los países de América Latina y los que le dan unidad. Quien repase cada una de las sociedades nacionales, encontrará sus matices, pero también sabrá que podrá interpretarlas a la luz de estos conflictos inherentes a toda la región: Su relación con los Estados Unidos y su relación con el sub-desarrollo.

Mientras estos conflictos estructuren la política regional, la vigencia del concepto perdurará inalterable más allá de momentos de mayor o menor hegemonía. Sólo un cambio estructural, como el mencionado ascenso de China, podría cambiar la dinámica histórica, así como sucedió con la caída de España.

Pero eso, aún es un interrogante a futuro. Por ahora, este nombre tan contradicho, el de los latinos de América, nos sigue interpelando como marco analítico, por las matrices comunes que nos atraviesan y como programa político, como propuesta de acción de unidad para superar la situación de subordinación en que nos encontramos.

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista (1896) “El gobierno de Sud-América” en *Escritos Póstumos Tomo IV.* Editado por la Universidad Nacional de Quilmes (2016), Quilmes, UNQ

Ardao, Arturo (1980), El origen de la idea y el nombre de América Latina, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos

Barrios, Miguel Ángel (2007) El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte, Buenos Aires, Biblos

Bethel, Leslie (2012) “Brasil y América Latina”, en *Prismas, Revista de historia intelectual*, Nº 16, Quilmes, UNQ

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (1977) Dependencia y Desarrollo en América Latina, Buenos Aires, Siglo XXI Editores

Cervo, Amado Luiz. 2003. “Política exterior e relações internacionais do Brasil: enfoque paradigmático” en *Revista Brasileña de Política Internacional* N° 23, Brasilia, Instituto Brasileño de Relaciones Internacionales

Esteva, Gustavo (1996) “Desarrollo”. En Sachs, William (editor), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Lima, PRATEC

Gobat, Michael (2013) “The Invention of Latin America:

A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race". En: *American Historical Review, Volume 118, Issue* 5, Oxford, American Historical Association

Gunder Frank, André (1969) América Latina: Subdesarrollo o Revolución, CDMX, Editorial Era

Haya de la Torre, Víctor Raúl (1936) El antiimperialismo y el APRA, Santiago, Ediciones Nuestramérica

Hogde Dupré, Eduardo (2011) "La defensa continental de América Latina en el pensamiento de Manuel Ugarte y Víctor R. Haya de la Torre (1900-1945" en *Revista de Estudios Latinoamericanos, núm*. 52, CDMX, Universidad Nacional Autónoma de México

Huntington, Samuel (2004): ¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense, Paidós, Barcelona,
Mignolo, Walter (2007). La idea de América Latina, Barcelona, Gedisa

Morgenfeld, Leando (2016) "Estados Unidos y sus vecinos del sur en las Cumbres de las Américas. De la subordinación al desafío", en *Gandásegui, Marco (coord.) Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, Buenos Aires, Clacso

O´Gorman, Edmundo (1976) La invención de América, CDMX, Fondo de Cultura Económica

Paikin, Damián; Perrotta, Daniela y Porcelli, Emanuel (2016) "Pensamiento latinoamericano para la integración". En Revista *Crítica y Emancipación* N° 15, *primer semestre*, Buenos Aires, Clacso

Paikin, Damian y Barros, Eduardo (2014) Miradas sobre la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús y Honorable Senado de la Nación

Portocarrero Grados, Ricardo. (2022). "El concepto de Indoamérica en Víctor Raúl Haya de la Torre, 1924-1945". *Revista Del Archivo General De La Nación*, N° 1, *Volumen* 37, Lima, Archivo General de la Nación

Prebisch, Raúl (1959) El Mercado Común Latinoamericano, CDMX, CEPAL

Quijano, Aníbal (1992): "Colonialidad y modernidad/ racionalidad", en R*evista Perú Indígena, vol.* 13, no. 29, *Lima*, Instituto Indigenista Peruano

Rodó, José (1900) El Ariel, Edición de 1967, Barcelona, Lozada

Roig, Arturo (1981) Teoría y Crítica del pensamiento Latinoamericano, CDMX, Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica

Russell, Roberto y Tokatlian, Juan Gabriel (2003) El lugar de Brasil en la política exterior argentina. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

Tacher Contreras, Daniel (2020) "Voto Latino y su influencia electoral en Estados Unidos" en Revista Norteamérica, Año 15, N° 2, CDMX, CISAN-UNAM

Ugarte, Manuel (1910). El porvenir de la América Española. Madrid, Prometeo Editor

Vázquez, Mariana (2018) "Mercosur, una geografía en disputa", en *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea, Segunda Época*, N° 8, Córdoba, UNC.

Viscardo y Guzmán, Juan Pablo (1791) Carta dirigida a los Españoles Americanos, en Archivo General de las Indias. Reproducido en (2012) Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante,

Yúdice, George (2006) "¿Una o varias identidades? Cultura, globalización y migraciones", en *Cultura Latina en Estados Unidos, Revista Nueva Sociedad* N° 201, Buenos Aires, FES.